



**S.E. Monseñor
Giampaolo Crepaldi**

ARZOBISPO DE TRIESTE
PRESIDENTE DEL
OBSERVATORIO

LA CENTRALIDAD DE LA PERSONA EN LA CARITAS IN VERITATE. LA «LAICIDAD» EN LA ENCÍCLICA DE BENEDICTO XVI

La *Caritas in veritate* (CV) es una encíclica con «exigencias». En nuestra sociedad descafeinada, el tener exigencias se considera negativo y causa de intolerancia, pero cuando se trata de exigencias de verdad y de amor, todo peligro desaparece, porque tales exigencias no proceden de intereses particulares. En la CV la Iglesia expone sus exigencias, pero está dispuesta a ser juzgada sobre ellas.

Como no son exigencias propias, sino de la verdad y de la caridad, la Iglesia está dispuesta a ser juzgada sobre el terreno de la verdad y de la caridad. Esto convierte la encíclica en muy interesante para todos, incluso para los no creyentes. En esto consiste la laicidad de la CV: en efecto, la verdad y la caridad son patrimonio de todos. Y es sorprendente que la Iglesia sea tanto más laica cuanto es más religiosa. No es necesario que se desprenda de sus exigencias religiosas, dado que esas mismas exigencias son de verdad y de caridad que todos pueden examinar y juzgar. El cristianismo tiene las exigencias de ser la religión «de rostro humano».

Dos de estas exigencias tocan precisamente a la persona humana y a su centralidad. Lo que hace a la persona «persona» —sostiene la CV— no es tanto lo que ella produce, como lo que recibe. No somos nosotros los que podemos darnos nuestra dignidad ni construir nuestra fraternidad. Existe una palabra sobre nosotros que nos precede; toda la dignidad del hombre está en ser interpelado por esta palabra, toda su identidad está en responderle: encontramos la palabra «vocación» en la CV dieciocho veces. En virtud de esta vocación, el hombre comprende que él es siempre más de cuanto él mismo pueda hacer, y que la sociedad es siempre más de cuanto el mercado y la política puedan hacer. Se entiende que, para vivir, tiene necesidad de cosas que él mismo no pue-

de darse. La comunidad humana vive de presupuestos que no sabe producir ni reproducir. Este “algo” que no podemos producir —llámese confianza, fraternidad, solidaridad, amistad cívica... poco importa— es nuestra vocación y al mismo tiempo nuestra esperanza. Nos precede y al mismo tiempo es la razón última de nuestro hacer. La CV nos invita, por lo tanto, a reflexionar sobre el don y sobre la gratuidad. Sobre su importancia para la construcción de la persona, para la salvaguardia de su dignidad, para la construcción de la sociedad sobre relaciones de fraternidad y no sólo de cercanía o de utilidad.

En este sentido la CV nos habla de la verdad y de la caridad. Ambas realidades no se producen, se acogen. No se pueden comprar en el mercado ni obtenerse a través de los servicios públicos y por esto expresan aquello de lo que no disponemos. Si todo está a disposición, la sociedad se vuelve un mercado o un campo de batalla. La verdad se nos desvela, la caridad se nos da. No son bienes de consumo. Aquí interviene el Dios de rostro humano, aquel Dios que es Verdad y Caridad, como nos repite Benedicto XVI, y es por lo tanto la fuente de toda verdad y de toda caridad, la fuente y la garantía de que el horizonte del don y de la gratuidad no se vea oscurecido a favor de la sola producción. ¿Quién libraría tal producción de inevitables intereses particulares? La Verdad y la Caridad son la defensa de nuestra libertad. Ellas hacen posibles cosas “nuevas”, no producidas sino más bien fruto de don y de gratuidad, y así nos vuelven también capaces de verdad y de caridad, o sea, libres de intereses y de determinismos.

No nos deben sorprender las exigencias del Papa: reafirmar la primacía de Dios en el mundo y repetir que el cristianismo no es sólo útil sino indispensable. Esta exigencia tiene otro aspecto, casi otra exigencia:

las cosas mismas, las necesidades humanas, la economía, la sociedad, la política, todo esto tiene necesidad de verdad y de caridad. Sin ellas el mundo no funciona. La vocación, por tanto, corresponde a una exigencia de la realidad misma. Ésta es la segunda exigencia: el cristianismo no llega después, al final, cuando todos los juegos mundanos han sido hechos, las ciencias han recorrido su camino, los operadores económicos y políticos han cumplido su mandato. El cristianismo no da barniz ético y de santidad a todo esto después de que el mundo ha pisado sus propios caminos. La exigencia cristiana es la de responder a una esperanza de verdad y caridad que está ya en las cosas, al nivel de cada una, con la autonomía de cada una. El cristianismo no se sustituye, sino que proyecta sobre todo, desde el principio, una luz que permite valorar todos los fragmentos de verdad o de caridad, pequeños o grandes, de cada nivel de la existencia. La exigencia cristiana no renuncia a la primacía de Dios, pero no es integrista. La fe no se añade a la razón y la caridad no se añade a la justicia. La ética no se añade a la economía o a la política, la Iglesia no se añade al mundo, la cultura no se añade a la naturaleza... sino más bien están desde el principio en un diálogo recíproco, sin confusiones pero también sin separaciones.

Hay que tener presente un aspecto de gran importancia. Cuando la ética cristiana se aplica a la economía, por ejemplo, no le pide renunciar a sus leyes ni someterlas al Evangelio. Más bien le indica su verdad, su plena vocación: el objetivo último de la economía no es de carácter económico. Esto la hace más consciente de sí, de su naturaleza propia de economía y le permite desarrollar mejor sus mismas potencialidades económicas sin sobrepasarse. Como se ve, no se trata de fundamentalismo, sobre todo porque, al hacerlo, la ética cristiana acepta ser juzgada por la racionalidad económica. Esto es un punto importante que ya he mencionado anteriormente. Si la presencia de la ética cristiana en la acción de los sujetos económicos comportase una desventaja, un degrado económico, una «deseconomía» enton-

ces la ética cristiana sería rechazada por la racionalidad económica en su exigencia de verdad. El cristianismo pretende que una economía que desde el inicio lleve dentro de sí la verdad y la caridad cristianas sea realmente más economía. Sobre esto está dispuesto a ser confrontado, lo que demuestra que no es integrista. Pero no puede renunciar a esta exigencia, porque no puede renunciar a la creación, a la encarnación y a la redención.

Ahora bien, ¿qué significa la centralidad de la persona? La CV la funda sobre la centralidad de Dios, sin que exista competencia entre las dos centralidades. La primacía de Dios no quita nada a la primacía de la persona, es más, la fundamenta y la defiende, poniendo el elemento de don y gratuidad, garantía de libertad, al máximo nivel, el nivel de lo absoluto. Si la persona y la sociedad, como decía, tienen necesidad de presupuestos que no pueden darse por sí mismos —todos nosotros tenemos necesidad de verdad y de amor sea como simples personas o como comunidad— entonces tienen necesidad de Dios, pero no de un Dios cualquiera, no de un Dios «malabarista», no de un Dios que «pide sacrificios», sino de un Dios «de rostro humano», que responde a las esperanzas que el hombre tiene en el plano racional y natural, y que incluso se presta a ser confrontado. Era este el sentido de lo afirmado por el entonces Cardenal Ratzinger en Munich en el 2004, en el famoso coloquio público con Jürgen Habermas: existen patologías de la razón que necesitan de la fe para ser corregidas, pero existen también patologías de la religión que tienen necesidad de la corrección de la razón. Se tendría que decir: ¡qué laica es esta religión!

Si examinásemos la CV para verificar si mi planteamiento encuentra una confirmación en el texto, emergerían muchas cosas interesantes. Me limitaré a algunas observaciones. La necesidad de la dimensión del don y de la gratuidad en economía, ampliamente presente en muchos lugares de la encíclica, no se propone solo como abstracta exigencia ética o religiosa, sino que siempre se tiene cuidado de mostrar que esta es también una exigencia de la misma

economía con mayor razón en la época de la globalización. Sobre los aspectos de “ecología humana” –la acogida y la protección de la vida y de la familia, por ejemplo– se tiene siempre cuidado de mostrar también su utilidad social y económica. No solo su conformidad con principios morales sino también su correspondencia con el deseo razonable de las ciencias más cautas. El problema demográfico, por ejemplo, se afronta de tal modo que satisface las exigencias de la acogida a la vida, con el “no” decidido a la eu-

genética, pero mostrando al mismo tiempo su plausibilidad económica como factor de desarrollo. No encontraremos nunca, en la CV, una afirmación de origen religioso que no tenga también una justificación humana y racional, siempre que la razón realice en profundidad su propio deber y que las ciencias no se dejen orientar por las ideologías. La religión de rostro humano, en efecto, se hace juzgar por la razón, pero no por una razón cualquiera, sino por una razón asociada a la propia verdad.

